
EL NUEVO MUNDO Y LA NUEVA EUROPA: LA COMUNIDAD EUROPEA Y AMÉRICA LATINA EN LA DÉCADA DE LOS NOVENTA

JUAN PRAT*

LA NUEVA EUROPA Y EL NUEVO MUNDO

EL TÍTULO DE ESTA ALOCUCIÓN no es accidental ni retórico. En los momentos en que celebramos los 500 años del encuentro, traumático pero fecundo, de las culturas de Europa y América, es decir, de lo que durante siglos se llamó el “descubrimiento del Nuevo Mundo”, somos testigos de la emergencia de un “nuevo mundo” tanto en el Viejo como en el Nuevo.

A medida que el siglo se acerca a su fin, la velocidad del cambio se ha acelerado tanto que *todo es nuevo*.

Europa es totalmente nueva. *En Europa Oriental* emerge de las cenizas del comunismo una Europa nueva y por definir. Una Europa que intenta vivir con pautas democráticas y mejorar su productividad, y que aún no sabe bien cómo hacerlo.

Una Europa Oriental que intenta imitar a Europa Occidental y, sin embargo, se fragmenta cada vez más: una Europa con más banderas, más monedas y más fronteras que antes, algo que nadie hubiera podido imaginar hace apenas unos años.

De forma paradójica, la Europa de 1989 ha sido el vivo reflejo de la América Latina de hace 150 años. En muchos sentidos, hasta el primer

* Director general encargado de las Relaciones Norte/Sur, Comisión de las Comunidades Europeas.

tercio del pasado siglo, América Latina fue una única entidad unida dentro de un imperio ya en decadencia. Los vientos de la Ilustración y de la Revolución francesa trajeron las ideas de independencia y libertad, que provocaron también la fragmentación del continente. El mismo tipo de sentimientos nacionalistas que hoy están fragmentando la Europa Central, Oriental y balcánica.

En Europa Occidental se han producido igualmente numerosos cambios en los últimos años, y las cosas siguen cambiando. Así, la "euroesclerosis" de los años setenta fue sustituida por un dinamismo en los años ochenta que está dando sus frutos: el Mercado Único, la Cooperación Política Europea y el Espacio Económico Europeo.

Y también *América Latina* es totalmente nueva. Tan nueva y tan cambiante que lo que hace unos meses era nuevo ha dejado ya de serlo. El espectro político se ha transformado de un modo espectacular. Prácticamente, toda América Latina es democrática por primera vez en la historia. Asimismo, las reformas económicas están dejando atrás los modelos autárquicos y estatistas del pasado, lo que demuestra que los vientos de libertad política producen además resultados positivos en el ámbito de la apertura económica.

A pesar de apresurados triunfalismos, tanto en Europa como en América Latina, los cambios emprendidos no son lineales ni están exentos de riesgos. *Todavía hay dudas y temores y desafíos por afrontar. Pero aun estos desafíos contienen muchos signos positivos.*

En Europa Occidental pocos ponen en duda el nivel de integración ya alcanzado. La mayoría parece compartir la verdad enunciada por Daniel Bell de que "las naciones modernas son demasiado pequeñas para ocuparse de los grandes problemas". Sin embargo, lo que se cuestiona hoy es la velocidad y la oportunidad de los próximos cambios. Las iniciales dificultades del Tratado de Maastricht han servido para confirmar el valor del "principio de subsidiariedad": como también señala Daniel Bell en la segunda parte de su frase, "las naciones modernas son demasiado grandes para ocuparse de los problemas pequeños".

En América Latina la fragilidad del régimen democrático ha quedado en evidencia en varios países. Sin embargo, a pesar de las tensiones que experimenta el tejido social, los atentados contra el estado de derecho o no han tenido éxito (Venezuela), o se han resuelto de forma institucional (Brasil), o están concebidos como medidas de corto plazo y excepcionales (Perú). Ciertamente es que el excesivo optimismo de hace sólo unos meses ha sido atemperado por la magnitud de los desafíos pendientes. Pero, en cualquier caso, día a día, se reafirma la irreversibilidad de la reforma, como indica la opción constante de una genera-

ción de jóvenes políticos por una sociedad más abierta y más moderna.

Finalmente, la renovación de América Latina se hace evidente también en el nuevo espíritu de integración de las Américas, que surcan ahora el sendero transitado por Europa Occidental hace 40 años. Y así, se han multiplicado las iniciativas integradoras de todo tipo. El Mercosur emerge como una promesa sólida. Chile ha firmado un acuerdo de libre comercio con México, y este país, a su vez, ha firmado un acuerdo similar con Canadá y los Estados Unidos y pretende hacer otro tanto con Colombia y Venezuela en el Grupo de los Tres. Tanto el Pacto Andino como América Central intentan reavivar sus fórmulas de integración, para ello buscan espacios que permitan avanzar hacia una mayor competitividad económica.

EN ESTE MUNDO NUEVO Y CAMBIANTE, ¿CUÁLES SON LAS POLÍTICAS DE LA COMUNIDAD HACIA AMÉRICA LATINA?

Dos rasgos caracterizan las políticas del pasado más reciente. Uno es el espectacular fortalecimiento de nuestras relaciones y el otro es el *enfoque global* de estas relaciones.

En cuanto al primero, las *relaciones políticas* comunitarias con América Latina *han sido reforzadas sustancialmente*, a través de la institucionalización de nuestro *diálogo* en un nivel subregional y regional, y cuyos mejores exponentes han sido el Diálogo de San José y el Diálogo con el Grupo de Río. La Declaración de Roma de diciembre de 1990 ha supuesto un hito en nuestra cooperación con este último.

En segundo lugar, mediante los acuerdos de mutuo reconocimiento y cooperación firmados con instituciones regionales como ALADI, Mercosur, JUNAC, SELA y OEA, y la apertura de gran número de delegaciones de la Comunidad en capitales latinoamericanas. Ésta se ha diseminado con la presencia diplomática de la Comisión en el continente, lo que ha permitido apoyar y complementar la acción que llevan a cabo las embajadas de los países miembros en materias cuya competencia éstos han transferido a la Comunidad.

Nuestras relaciones económicas se han reforzado también. En primer lugar, mediante concesiones comerciales que han tenido un fuerte impacto en las exportaciones latinoamericanas, y especialmente, la aplicación anticipada de nuestra oferta de Montreal sobre productos tropicales en el contexto de la Ronda Uruguay.

En segundo lugar, las concesiones recientemente otorgadas dentro del Sistema de Preferencias Generalizadas (SPG) de la Comunidad

a los cuatro países más pobres del Pacto Andino y a los países centroamericanos, para ayudarlos en su reconstrucción económica y en la lucha contra la droga, han significado un giro en las relaciones comerciales con la región. Sus efectos se han manifestado ya en 1991 con el gran aumento de nuestras importaciones, beneficiarias del SPG, procedentes de Latinoamérica.

Finalmente, *se ha reforzado asimismo nuestra cooperación para el desarrollo*. En primer lugar, con un aumento de los fondos de ayuda muy por encima de la media comunitaria respecto de los países en desarrollo; así, la asistencia financiera y técnica, que se ofrece exclusivamente en forma de donaciones, alcanzará alrededor de los 1 000 millones de *ecus* en 1991-1995, lo que significa un aumento de 100% con relación al quinquenio anterior; a la ayuda humanitaria y alimentaria se consagrarán otros 300 millones de *ecus*.

En segundo lugar, mediante la firma de acuerdos de cooperación con aquellos países con los que no se habían celebrado (Argentina, Chile, Paraguay) y la renovación de los ya existentes. Estos recientes acuerdos, de la llamada "tercera generación", acentúan aspectos que responden a una nueva filosofía que hemos denominado de "cooperación económica", y que a su vez responde a los nuevos esquemas de desarrollo participativo: la promoción del sector privado, el fomento de la inversión europea en la región, la transferencia de tecnología y, en general, la realización de actividades que serán beneficiosas tanto para los empresarios de la Comunidad como para sus socios latinoamericanos.

Por último, el reciente acuerdo comunitario, que permitirá al Banco Europeo de Inversiones realizar operaciones con los países latinoamericanos, es un hecho importantísimo en la evolución de nuestras relaciones, porque conlleva un mensaje de confianza de Europa a América Latina y es una manifestación clara del interés que la primera otorga a sus relaciones con la segunda.

El enfoque global, el segundo gran rasgo que caracteriza nuestras relaciones recientes con América Latina, responde a dos ideas fuerza. La primera ha consistido en definir claramente a nuestro interlocutor para, así, sensibilizar a la opinión pública europea y a los dirigentes menos inclinados tradicionalmente hacia Latinoamérica, en cuanto a la nueva realidad que ésta vive.

La segunda idea ha sido la de diferenciar claramente a América Latina de otras regiones en desarrollo cuyos vínculos históricos, sociales, culturales y políticos con Europa no tienen en absoluto la intensidad ni el potencial que existe en ambos lados del Atlántico.

Este acento en lo global, que ha permitido a América Latina, espe-

cialmente a través del Grupo de Río, una mayor presencia política en el ámbito internacional, creo que ha cumplido ya sus objetivos en menos tiempo de lo que se esperaba.

¿QUÉ SE PUEDE ESPERAR DE LAS RELACIONES DE LA COMUNIDAD CON LA REGIÓN EN EL FUTURO PRÓXIMO?

Cumplido ya el objetivo de una relación sólida entre ambas regiones, nos queda ahora afrontar juntos los retos del futuro. Para ello, posiblemente ha llegado el momento de que la política de cooperación de la Comunidad empiece a dar un tratamiento más diferenciado a las partes que integran América Latina. En otras palabras, en la medida en que los retos y los problemas con que se enfrentan los distintos países y subregiones no son idénticos ni se presentan con la misma intensidad, los actuales enfoques globales tendrán que ser complementados mediante iniciativas y políticas bilaterales claramente definidas, mejor adaptadas a las necesidades políticas y económicas de cada país y subregión. Concretamente:

América Central, que está saliendo de la parálisis provocada por años de guerras civiles devastadoras, necesitará ayuda para su modernización y diversificación económicas, y para la consolidación de su democracia.

Los países andinos, algunos de los cuales están entre los más necesitados de América Latina, seguirán requiriendo de ayuda para programas de lucha contra la pobreza y para sus reformas económicas.

Las necesidades de los *países del Mercosur* son diferentes. Comprometidos como están en un significativo proceso de integración, necesitan, sobre todo, apoyo institucional y asistencia técnica. Además, están llamados a beneficiarse, más que otros países del continente, de las concesiones agrícolas que se espera se deriven de un acuerdo en la Ronda Uruguay.

Dos de estos países del Mercosur (*Argentina y Brasil*), lo mismo que *México y Chile*, requieren, sobre todo, de formas de cooperación para el desarrollo más avanzadas, como son el fomento de empresas conjuntas y de inversiones europeas, y el apoyo tecnológico y la transferencia de *know-how*.

En cualquier caso, dentro de esta creciente individualización de nuestra política de cooperación, la voluntad de la Comunidad Europea es contribuir en Latinoamérica al fortalecimiento institucional y del tejido cívico que sustenta la democracia política, la justicia social y la libertad económica.

Por ello, *la Comunidad Europea continuará acentuando* su apoyo a programas que dan primacía a los grupos sociales más desfavorecidos, a los programas en favor de los grupos indígenas y a los programas que contribuyen a integrar a la mujer en el proceso de desarrollo económico.

La Comunidad *seguirá dando preeminencia* también a la cooperación medioambiental con la región, que tanto se ha desarrollado en los tres últimos años. Cooperación a la que normativamente corresponde, al menos, 10% de los fondos y que, aunque hasta ahora se ha centrado en la protección de las selvas tropicales, busca extenderse también a otros ecosistemas, así como a la descontaminación del medio ambiente urbano y a mejorar la gestión y la infraestructura de las grandes ciudades.

Pero la Comunidad Europea *está, sobre todo, dispuesta a intensificar sus acciones* para contribuir a la eclosión de una capa cada vez mayor de pequeños empresarios, especialmente en los países más pequeños de la región. Importa aumentar la visibilidad con respecto a las oportunidades de inversión que ofrecen estos empresarios, muchos de los cuales ya son capaces de hacer frente a los retos tecnológicos y de integración en la economía latinoamericana y mundial. El lema de *small is beautiful* sigue vigente en la región y hemos comenzado gestiones con el Banco Interamericano de Desarrollo para una iniciativa conjunta en este terreno, que permita dar mayor coherencia y eficacia a los diversos instrumentos ya disponibles en ambas instituciones.

Finalmente, reconociendo que las capacidades tecnológicas dependen mucho del sustrato cultural y científico y recordando que hoy el principal factor de la producción es el humano, la Comunidad Europea *va poniendo en marcha* en América Latina un programa semejante al Programa Erasmus, que tanto éxito ha tenido en Europa, con el fin de favorecer el intercambio de estudiantes y graduados universitarios de Europa con Latinoamérica. Más amplio en sus miras que el Programa Erasmus, financiará asimismo el intercambio de *know-how* entre instituciones universitarias de ambos lados del Atlántico y, de esta forma, contribuirá a mejorar los programas académicos y administrativos de las universidades latinoamericanas.

En definitiva, creo que los próximos años *deberán ver* no sólo una *nueva América Latina*, más libre, más justa y más integrada sino también una América Latina con mayor presencia en el mundo y mucho más próxima a la *nueva Europa* que, aun con las dificultades actuales, irá emergiendo de sus crisis y volverá a encontrarse a sí misma.

Pero, como los hechos lo están demostrando en Europa, este acercamiento recíproco no podrá ser sólo obra de los gobiernos. Tendrán

que participar en ello, también y sobre todo, nuestros pueblos. La gran responsabilidad de los gobiernos es, precisamente, la de contribuir a concientizar a nuestras sociedades en cuanto a las enormes ventajas que un futuro en común les depara, y ofrecerles los medios e incentivos necesarios para que vayan formando conjuntamente una red de intereses que permita transformar en realidad concreta lo que hasta hoy no son más que potencialidades.